

# EL PRESTIGIO DE LA RUTINA

Muchas veces hemos predicado, en este pequeño templo impreso, el mismo sermón de la mar. Parece qué, aún destinándolo a bien poblados espacios, ha caído en desierto.

Esta conclusión viene impuesta porque la voelnglería no ha disminuido. Al parecer, la rutina, tampoco. Ambas pudieran ser achaques inofensivos, si no envolvieran, como en este caso, filones vivos del trabajo social, destinados a aumentar la auténtica prosperidad del hombre. La auténtica, porque también es posible la ilusión de prosperidad, y la prosperidad como puro artificio.

Van allá doce años sin sardina en Galleja, que era la costa más favorecida del mundo en el usufructo de esta especie. Nos han servido de tan poco, que al cabo de una abstinencia forzada de tantos años, pueden leerse, para explicarla, las mismas simplezas que más o menos nos divertían cuando no podíamos sospechar la dimensión económica y cronológica del drama. Esto demuestra que no sólo hemos perdido la sardina. Hemos perdido el tiempo, que debiera aprovecharse en investigar el problema, o en reaccionar, dentro del campo industrial, contra sus desoladoras consecuencias.

En la pesca de arrastre, suponían nuestros prácticos, que estaban de vuelta en cuanto se refiere al empleo de los aparejos. Hace mucho tiempo



que veníamos denunciando, en vacío, semejante falacia. O la gente no lee, o no quiere enterarse. Menos mal si hay alguna que rompe con el hábito retardatorio, y

ensaya dispositivos más evolucionados.

Pues aún en tal supuesto, las cosas tienen que venir tan bien que el éxito se asegure a la primera tentativa. Si ésta falla, como ha ocurrido con el "Larsen trawl", el asunto se abandona definitivamente. Aunque en otros países, y tratado por manos realmente expertas, siga proporcionando copiosos frutos, inasequibles con el empleo de los artes tradicionales.

Nadie se para a calcular cuanto ingreso deja de obtener la industria, marchando con retardo en el camino de la tecnificación. El prestigio de la rutina es petrificante, hasta el punto de obnublar la visión industrial, referida a una constante lucha por el lucro. Y no sólo el pequeño empresario es el que padece tan deplorable achaque. También puede padecerlo el grande, el que ha triunfado, y, por esta razón, se considera ya en posesión de todos los secretos.

Hasta de esos secretos que la ciencia va desentrañando día a día, y de los cuales se nutre el progreso humano, especialmente en un campo relativamente inexplorado como es la entraña de la mar.